

Si bien este número 3 de TK nos parece valioso en su conjunto por muchos motivos, hemos reservado para la recta final de nuestra revista tres escritos de los que nos sentimos especialmente orgullosos. El primero es una carta de don Pío Caro Baroja en la que nos habla de la Biblioteca de los Baroja en Bera. Otro es un cuento de Carlos Remón que tiene por protagonista a un bibliotecario muy especial. Y, por último, una pequeña joya literaria firmada por el escritor navarro Juan Ramón Corpas Mauleón titulada «De libros, escritores y bibliotecarios». Eso es todo.



Modelo de qué

EN estos últimos meses el cierre de cinco bibliotecas se ha convertido en noticia en la prensa navarra. Una mala noticia sin duda, y más si tenemos en cuenta que el cierre ha afectado especialmente a la Merindad de Sangüesa, la más desfavorecida en dotaciones bibliotecarias de toda la Comunidad Foral, que alcanza así mínimos intolerables. Sin embargo, esta noticia no parece haber empeñado la imagen idílica que de la red de bibliotecas de Navarra sigue teniendo el Sr. Marcotegui, Consejero de Educación y Cultura del Gobierno de Navarra, que aprovecha cualquier ocasión para repetir que Navarra tiene una red de bibliotecas modélica.

Es una penosa obligación ésta de desengañar a las personas pero alguien, como en el cuento de «El traje del emperador», deberá decirle lo que todos sabemos, todos menos él. Lo dejaríamos vivir felizmente en su error si no fuera porque estamos convencidos de que pocas cosas hay más paralizantes que la autocomplacencia.

A la Biblioteca General de Navarra hay cientos de adjetivos que le convienen más que el de modélico, por eso estamos seguros de que el Sr. Marcotegui no se refiere a ella al utilizar la dichosa palabra.

Tampoco se debe referir a la legislación navarra vigente en materia de bibliotecas. Ahora parece que algo se está avanzando en el objetivo básico de conseguir para Navarra una ley de bibliotecas. Pero esto no nos autoriza a considerarnos modélicos. Al fin y al cabo lo estamos haciendo dieciséis años después de que se aprobara la primera ley de bibliotecas en España y después de que diez Comunidades Autónomas se hayan decidido a dar ese paso.

En las últimas jornadas de Informática organizadas por la Red de Bibliotecas, una de las ponentes, Margarita Taladriz, directora de la biblioteca de la Universidad Carlos III, se refirió al alto grado de informatización en las bibliotecas públicas de varias Comunidades Autónomas, y en concreto mencionó los casos de Andalucía, Cataluña, etc. Que en Navarra se haya comprado ahora los equipos para informatizar veinte bibliotecas tampoco nos da derecho a considerarnos modélicos.

Si miramos el número de bibliotecas infantiles, como se han molestado en hacer nuestras compañeras Clara Flamarique y Carmen Ros, nos encontramos con que sí son modélicas Cataluña que tiene 27 bibliotecas infantiles; Valencia, que tiene 24; Madrid, que tiene 22 o Euzkadi que tiene 16. Las tres bibliotecas infantiles en funcionamiento en nuestra Comunidad es una cifra que dista mucho de ser modélica. Lo mismo ocurre si miramos el número de bibliobuses, una encomiable manera de acercar la lectura a las zonas más desfavorecidas: Castilla-León, con sus 28 bibliobuses puede considerarse modélica; Navarra, que nunca ha contado con un bibliobús, no. O si, como hizo hace unos meses el diario *El País*, nos ponemos a contar las dotaciones bibliotecarias de las distintas capitales de provincias, comprobaremos que Pamplona ocupa un mediocre 19.º puesto. Tampoco es Navarra ni mucho menos la Comunidad Autónoma que más dinero gasta en bibliotecas.

Tampoco es modélica la gestión de la Red de Bibliotecas de Navarra cuando sus principales responsables, con el pretexto de no crear falsas expectativas, prefieren no revelar los planes del Departamento. De esa manera nunca estamos seguro ni hacia dónde vamos, ni en qué punto del camino nos encontramos ni, por lo tanto, cuánto hemos avanzado en el trayecto. Todos sabemos que en la gestión de la cosa pública existen numerosos factores imponderables, pero no nos parece modélica una gestión que consiste en eludir los compromisos. Si sabemos que vamos a Madrid y nos quedamos en Soria podemos considerar el viaje un fracaso. Si no sabemos a dónde vamos y de pronto aparecemos en Tudela podemos considerarlo un éxito: al fin y al cabo algo nos hemos movido. Esta forma de proceder puede ser políticamente rentable, puesto que absolutamente todo puede interpretarse como un éxito, pero nos parece desastrosa en términos de gestión.

Había, sí, en Navarra a principio de los años ochenta dos aspectos que provocaban la envidia de bibliotecarios de todo el país. Navarra era en términos generales la Comunidad Autónoma con más bibliotecas por número de habitantes. Algo que había que atribuirlo a una razón tan azarosa como la afición a las bibliotecas de un señor como Jaime del Burgo. Pues bien, hoy esto tampoco es así. Si se toma el Sr. Consejero el trabajo de coger el censo de población del año 1993 y lo compara con las estadísticas sobre bibliotecas, tal y como hemos hecho nosotros, verá que ya tanto Aragón como Castilla-La Mancha o Extremadura nos superan en este concepto. Otra cosa es que como se quejaba Guillermo Sánchez en el último número de TK las estadísticas a veces son mentira, cuando no una pura sandez: se puede llamar biblioteca a un garito de 6 m² con libros. Pero con independencia de su calidad el aumento del número de bibliotecas (que en todo el estado han pasado de 2.876 en 1976 a casi 9.000 en 1996) no ha sido tan espectacular en Navarra como en otras Comunidades Autónomas.

El otro aspecto que provocaba, y sigue provocando envidia en profesionales de otras latitudes es la situación laboral de los bibliotecarios navarros. El ser funcionarios o contratados al servicio del Gobierno de Navarra y no depender directamente de los Ayuntamientos, da a los bibliotecarios mucha más independencia y mucha más seguridad. Su trabajo deja de estar sometido a los vaivenes de la vida municipal y a la mayor o menor sensibilidad de los distintos alcaldes y concejales. Esto, que sí era modélico, empezó a hacer aguas por la política indiscriminada de abrir bibliotecas concertadas en cualquier localidad que lo solicitara con la condición de que sea el Ayuntamiento quien se haga cargo de la contratación del personal. Al paso

que vamos pronto van a ser más los bibliotecarios navarros que dependen de los Ayuntamientos que los que dependen del Gobierno Foral.

De todas estas reflexiones podemos sacar la conclusión de que la red de bibliotecas de Navarra dista mucho de ser modélica y de que, en lo que efectivamente lo era, está apresuradamente dejando de serlo.

Nos queda, al final, la duda de si será el consejero Marcotegui realmente tan ingenuo como el emperador del cuento. Porque también está dentro de lo posible que sea más pícaro de lo que pensamos y cuando dice que Navarra tiene una red de bibliotecas que es un modelo, calla deliberadamente lo más importante: un modelo de qué. Porque todos sabemos que modelos hay muchos, incluso modelos a no seguir. Ahí tenemos el modelo de Santiago de Compostela. Copiamos aquí unas líneas de un artículo que el periodista Juan Cruz escribía el 25 de enero de 1997 en *El País*:

«¿Y Europa»? Bah, pasa lo mismo; lo único que sucederá es que perderemos el tacto de la peseta; nos asociaremos a su aburrimiento, seremos todos más iguales, con una diferencia: no habrá más bibliotecas públicas y en eso no nos pareceremos a casi nadie. ¿Tú sabías que en Santiago de Compostela, que es una ciudad con una universidad más que centenaria, no tienen biblioteca pública? ¿Que Santiago no tiene biblioteca pública? ¿Y qué hace la Xunta con todo el dinero? La Xunta, el Estado y la madre que los parió. No hay biblioteca pública en Santiago: esa es la respuesta postmoderna. En este país seguimos más de cerca el acontecimiento que el cimiento. Somos más de rompe y rasga, como decía mi madre, que la construcción, que decía Chico Buarque. Pasamos de la nada al Real y en medio no hay conservatorios bien dotados. Le enseñamos a la gente a conversar insultando, porque eso es lo que ven en la tele y lo que leen en los periódicos».